

Homilía de Natividad de San Juan
Bautista

Año litúrgico 2011 - 2012 - (Ciclo B)

“Yo pongo mis palabras en tu
boca”

Comentario bíblico

I. Lectura (Isaías 49,1-6): Luz de las naciones

Este es el segundo canto del Siervo de Yahvé que es una de las originalidades del famoso Deutero-Isaías. Se trata de una llamada, de una elección desde el seno materno. Los nombres de Jacob y Israel que se identifican, pero que, por otra parte eran personas distintas como "epónimos" del pueblo elegido, suenan un poco a artificio literario y formal y, en todo caso, simbólico. El "siervo" es un individuo, una persona, aunque también se sugiere de alguna manera, que se está contemplando una colectividad. El "siervo" lleva el nombre, pues, de Israel para reunir a Israel (o Jacob) a una misión: ser luz de las naciones. Para ello debe reunir de nuevo al pueblo.

Todo esto, pues, es una llamada a una verdadera misión profética. Los profetas no se hacen, no estudian, no aprenden en escuela... los profetas tienen una sintonía con Dios que les llama, les impulsa, les arranca de lo normal y les encomienda una misión que va más allá de lo de siempre. El profeta rompe barreras, atraviesa esquemas imposibles, porque desde el "seno materno" estaba tocado por el dedo de Dios para algo muy especial. No de otra manera se nos han presentado las llamadas a la misión profética del mismo Isaías, de Jeremías, de Amós, pero de la misma manera nos encomiarnos una descripción parecida en Pablo a ser apóstol de los gentiles (Gal 1, 15), cuya misión profética es patente en el cristianismo primitivo.

Como podemos percibir es una llamada a la predicación, a la palabra, esa palabra que debe ser "como una espada afilada" (así nos lo recordará también el autor de Hebreos 4,12) y una "flecha bruñida" que apunta lejos, muy lejos, porque la palabra no tiene límites, es como el viento, como el Espíritu. Y es aquí donde la pesadumbre del profeta que se siente cansado y quizás fracasado encuentra el consuelo de la misma palabra de Dios que le anima a no darse por derrotado. Ya sabemos que los verdaderos profetas no encajan con la realidad y el statu quo de aquellos que no quieren cambiar nada y piensan que Dios no cambia. Para eso es para lo que Dios elige y "llama" a los profetas, para dar una vuelta a la realidad anquilosada. Ellos son contraculturales, marginales frente a los poderosos... y presente, con sudor y lágrimas, que Dios está con ellos. Así ha sucedido siempre con los verdaderos profetas.

Y es una misión a la universalidad: "luz de las naciones". No basta con reunir a Jacob o a Israel, es decir, al pueblo elegido. El nacionalismo se queda estrecho. Los profetas de luz, los profetas de la palabra viva y verdadera tienen que ir más allá de los círculos cerrados de pueblos y clanes, de razas privilegiadas. El "siervo" misterioso del poema plantea, pues, un camino que no se agarra al espíritu nacional de una religión doméstica ¡Sería el empobrecimiento del proyecto salvador y universal de Dios! Todos los pueblos, todas las razas, todos los caminos, deben llevar al Dios vivo y verdadero. Es una "globalización" teológica sin precedentes en un sueño universal: por la justicia y por la paz, en el

derecho y en la libertad, en el desarrollo sostenible de un mundo económico que, desde la crisis, apunta a una utopía que no debe cesar.

II. Lectura (Hechos de los Apóstoles 13,22-26): Han comenzado a cumplirse las promesas

Este discurso de Pablo ante los judíos en la sinagoga de Antioquia de Pisidia (en el sur de Turquía), es el primero que Lucas, el autor de los Hechos, le concede a Pablo con una intencionalidad manifiesta. Lucas entiende que la primera tarea de los "apóstoles" era transmitir el mensaje de la salvación a los judíos y después a los paganos. Es un planteamiento esquemático que no siempre se cumplía. Pero lo obvio para Lucas era así y por ello traza un discurso a los judíos de la diáspora en el sábado y ante la petición de los jefes de la sinagoga, después de la lectura de la Ley y los Profetas. El discurso es kerygmático, es decir, tiene un núcleo fundamental en el anuncio de la muerte y la resurrección de Jesús como liberación y salvación.

Y por ser un discurso ante un auditorio judío, se necesita una justificación teológica de la mesianidad de Jesús, descendiente de David; por ello se parte del texto de 2Sam 7,12. No es una cita exacta, como se hace otras veces con los textos de la Escritura, sino que se trata simplemente de una alusión. Porque es en David y su unción donde se pone el origen tradicional del mesianismo real judío en el sentido de una promesa que ha de cumplirse en el Mesías de Dios. Para los cristianos, y para Lucas concretamente, este Mesías es Jesús de Nazaret. Por lo mismo, el autor de los Hechos y de este discurso, sin duda, quiere proponer no simplemente una comparación entre David y Jesús, sino entre promesa y cumplimiento.

El texto, hoy, ha sido escogido por la mención del papel de Juan el Bautista, el último profeta del AT, aquél que todavía exhortaba a la espera de "alguien" bajo la iniciativa divina. Es verdaderamente curioso que la figura de Juan el Bautista sea usada en estos discursos, aunque se explica en razón de ese auditorio tan determinado. Juan el Bautista pertenece al tiempo de las promesas, después, ya viene el tiempo nuevo que inaugura Jesús. El profeta, a quien la tradición cristiana presenta como pariente de Jesús (las madres del Bautista y de Jesús se encuentra al principio de la obra de Lucas 1), cierra el AT para nuestro autor.

¿Por qué menciona laicas a Juan el Bautista en este discurso? ¿Quizás contra algunos discípulos de Juan que no aceptaban la mesianidad de Jesús defendida a ultranza por los cristianos? ¡No está claro! En realidad, lo que ha hecho Lucas es sintetizar lo que ha escrito en el evangelio y se nos presenta en la frontera entre promesa y cumplimiento. Los judíos deben saber que se han cumplido las promesas en Jesús (e incluso los discípulos del Bautista), precisamente desde el momento en que el Bautista hace morir su profecía apocalíptica por el cumplimiento salvador y liberador del anuncio del Reino por parte del profeta definitivo de Dios. Lucas mismo lo ensalza y lo ve así (Lc 16.16).

III. Evangelio (Lucas 1,57-66.80): ¡Juan es su nombre! Dios nos ofrece misericordia

La "historia" del nacimiento de Juan en Lc 1 se ha prestado mucho a la piedad o, por el contrario, es una de las cuestiones históricas más debatidas. En realidad la descripción del nacimiento de Juan se hace en paralelo con la de Jesús, pero con las diferencias pertinentes. No podemos menos de notar lo escueto que es el evangelista para narrar el "nacimiento" de Juan (Lc 1.57-58) en dos versículos, mientras que al nacimiento de Jesús le dedica veinte (Lc 2,1-20). Las consecuencias del nacimiento de Juan y la imposición de su nombre se explican como contrarréplica a la escena del anuncio de su nacimiento y a la mudez de su padre Zacarías. Zacarías debe hablar y escribir para dimensionar el nombre divino y el papel que el niño ha de tener. Lo extraño y curioso es que Lucas concede menos peso al nacimiento de Juan y mucho más al rito judío de la circuncisión y la imposición del nombre (vv. 59-66), mientras que en el caso de Jesús sucede al contrario: el nacimiento y sus consecuencias tienen un peso extraordinario y del rito judío de la circuncisión le basta con una simple evocación (Lc 2,21). Además, se subraya que la imposición del nombre corresponde al padre de la criatura, en el caso de Juan. Pero en el caso de Jesús se le encomienda a María (Lc 1,31). Estas diferencias, sin duda, marcan la teología de lo que Lucas quiere expresar: aunque son dos anuncios y nacimiento paralelos, lo de Jesús es distinto de lo de Juan el hijo de un sacerdote.

Algunos autores no están seguros de que en tiempos de Jesús la imposición del nombre se realizara en el momento de la circuncisión, ya que en el AT parece que era en el momento del nacimiento (Cf Gn 21,3). En todo caso, la afirmación de

Zacarías: ¡Juan es su nombre! pretendería explicar que la vida de Juan estaría en manos de Dios y no de sus padres o de su familia. Según la tradición que Lucas recoge, Zacarías era de familia sacerdotal, como sabemos, y el futuro de este niño debería ser el mismo: servir al culto y el templo; tenía derecho. Pero como se quiere poner de manifiesto en Lc 1,80, este niño no será sacerdote, sino profeta, aunque un profeta muy especial: en el desierto y llamando a un bautismo de conversión a todo Israel. ¿Qué es histórico en todo esto? No lo sabemos, porque la verdad es que el nacimiento no ocupa mucho interés; casi todo se centra en poner el nombre previo acuerdo entre Isabel y Zacarías después, con la tablilla; todo para contradecir a la gente e imponer un nombre que no sabemos que viene "del cielo", como el de Jesús, pero lo parece, según la estética de nuestro narrador.

¿Qué significar Juan? Un nombre es muy importante en la Biblia. El nombre es todo un programa, un diseño de vida... Jesús significa "Dios salva o es mi salvador" y su vida estará dedicada a la salvación. Juan (Yóhanan) viene a significar: "Dios es propicio o Dios se ha apiadado" o bien, "Dios es misericordia". Desde esta explicación y significado es cómo podemos entender el canto del Benedictus que Lucas ha puesto a continuación, donde la visita de Dios a su pueblo es la idea que exhorta a bendecir y a alabar a Dios. Este cántico de Zacarías, sin duda compuesto de Lucas, con todas las resonancias de los cantos del AT viene a mostrar que toda la historia del pueblo de las promesas no ha sido en vano y que ha llegado el momento en que Dios, de nuevo, estará con los suyos. Juan, pues, tiene esa misión en su nombre mismo: anunciar que Dios ha de llegar para visitar, liberar... es lo que hará Jesús, quien con su nombre y su vida ha de llevar a cumplimiento todo el proyecto salvador de Dios.



Fray Miguel de Burgos Núñez
(1944-2019)